

LECTURA BÍBLICA Y *LECTIO DIVINA*²

*“Lee con mucha frecuencia y aprende lo más posible.
Sorpréndate el sueño con el códice en la mano
y caiga tu rostro sobre la santa página”.*
San Jerónimo, *Carta* 22,16

En muchos movimientos de espiritualidad y grupos de oración, con un eco muy favorable, se difunde desde hace años una práctica que se denomina “*lectio divina*”. Sin embargo el término puede abarcar distintas maneras de llevar a cabo una lectura meditativa de la Escritura, que están seguramente influenciadas por diferentes corrientes y escuelas espirituales y sus experiencias y formación. Con todo, con sus diversos matices, la lectura de la Biblia es una práctica siempre presente, siempre necesaria, que los cristianos debemos frecuentar con la mayor asiduidad, y que puede tener formas y seguir métodos diferentes, en consonancia con las vocaciones variadas con que se vive la fe. Me parece que puede ser útil recordar algunos momentos de la historia de la lectura bíblica, y distinguir las formas que puede revestir una lectura devota y reflexiva de la Palabra de Dios, con una consideración especial a la espiritualidad y vida de oración de las vírgenes consagradas.

I. *LECTIO DIVINA*³

Con este nombre se designa habitualmente una forma de lectura de la Palabra, que procede de la antigua tradición monástica occidental, y que

¹ Obispo de Santo Domingo de Nueve de Julio, Buenos Aires, Argentina.

² Texto leído en el Encuentro Nacional de Vírgenes consagradas, Malargüe (Mendoza): *Fe, virginidad y vida consagrada: preparándonos para el año de la fe*, del 5 al 7 de octubre de 2012.

³ La bibliografía es abundante: el n° doble de *Cuadernos Monásticos* 20 (n. 73-74, abril-septiembre 1985) está dedicado a la *lectio divina*; COLOMBÁS, G. M., OSB: *La lectura de Dios*, Zamora, Ed. Monte Casino, 1986, 3ªed.; COCCO, L. (ed.): *L'atto del leggere. Il mondo dei libri e l'esperienza della lettura nelle parole dei Padri della Chiesa*, Magnano, Comunità di Bose, Ed. Qiqajon, 2004.

consiste en una práctica individual, silenciosa, meditativa, concluyendo con la oración, que pide sean aplicados en la propia vida los frutos de esa reflexión espiritual. No se trata empero de una reflexión meramente individual o subjetiva, sino que se abre a la consideración más amplia de la interpretación de la Escritura, según una espiritualidad eclesial. En la praxis moderna de la *lectio divina* se ha dado una evolución, a partir del método tradicional; el cambio consiste sobre todo en un doble aspecto: se realiza en grupo, no en la intimidad personal y el silencio, y las reflexiones conclusivas se hacen públicas, incluso compartidas y discutidas en el grupo. Esta forma, evidentemente legítima y posible —¿por qué no?— no coincide con el uso original, procedente de la tradición monástica medieval.

1.1. La *lectio* de los monjes medievales latinos

En la década del Cuarenta del siglo pasado, se produjo un interesante y difundido movimiento que renovó espiritualmente la espiritualidad en los monasterios, principalmente benedictinos y cistercienses. Era la época de un florecimiento vocacional, inspirado en los escritos de Thomas Merton, y que junto con una apertura a la modernidad, a las situaciones y experiencias de los contemporáneos, su sed de Dios y la búsqueda de sentido del mundo, tenía una sensibilidad y hacía un aprovechamiento, aplicado a la vida espiritual, de las fuentes bíblicas y los escritos de los Padres del monacato. Junto con ello se profundizaron algunos aspectos de la teología y la disciplina en la familia monástica: era el fruto de los movimientos bíblico, litúrgico y patristico, pero también la asimilación de una apertura hacia los problemas nuevos, el anuncio y el testimonio de las comunidades claustrales, el eremitismo, el sacerdocio de los monjes, a partir de una lectura de la *Regla* benedictina y de la tradición menos condicionadas por la cultura del Barroco y la experiencia romántica del siglo XIX. De esta manera, en los ambientes monásticos se adoptaron igualmente usos y experiencias espirituales que procedían de otros contextos. Pensemos en la influencia de Charles de Foucauld y los escritos del P. René Voillaume, a las vez que, aún en medio de situaciones muy comprometidas con el mundo y la secularidad, ciertas prácticas monásticas fueron recibidas en el seno de movimientos apostólicos y en modernas corrientes de espiritualidad.

Dom Jean Leclercq, monje benedictino de la abadía de Clervaux, en Luxemburgo, fue uno de los que abrió caminos nuevos. Autor de una obra abundante, editor de los escritos de San Bernardo, se dio a conocer con un libro importante y rápidamente difundido: *L'amour des lettres et le désir de Dieu*. En él presentaba la relación entre la cultura clásica y la lectura bíblica, mostrando la continuidad a través de la conservación de los métodos peda-

gógicos de griegos y romanos. Ello permitía comprender la recepción de los escritos inspirados y de la tradición patristica, no solo como alimento de la espiritualidad y para servir a la comprensión de la liturgia, sino como vehículo de cultura y de formación humana, a los que se aplicaban los métodos escolares recibidos de los antiguos.

Dom Leclercq pudo presentar en numerosos artículos los momentos y los pasos de lo que él ya precisaba como un *método* de lectura que conduce a la oración silenciosa, personal, meditativa, y cuya afortunada formulación se ha conservado y difundido. Son los tres pasos que se identifican siempre con la *lectio divina*, a saber: la **lectura** (*lectio*) de un texto bíblico, más bien breve, preferentemente eucológico, una oración o un himno, una parábola o relato, hecha con detenimiento, con pausa y profunda atención, haciendo propios sus detalles y particularidades; la **meditación**, o reflexión y rumia (*meditatio*), expresando de ese texto ya conocido y asimilado todas las virtualidades y asociaciones, vinculándolo con otros pasajes escriturísticos y aplicándolo a la propia vida; en fin, la **oración** o plegaria (*oratio / contemplatio*), volcando cuanto se ha leído y meditado en la presencia de Dios.

No está fuera de lugar agregar aquí una breve consideración sobre la *oración*, que es el último paso del proceso de la *lectio divina*. Recordemos cuanto enseña Orígenes en su *Opúsculo sobre la oración*:

*“Me parece que son cuatro las partes de la oración que me toca describir y que hallo dispersas en las Escrituras, y a cuyo modelo debe cada cual reducir, como a un todo, su propia oración. Estas son las partes de la oración. Según la capacidad de cada cual, al principio y como en el exordio de la oración, hay que **dar gloria a Dios**, por Cristo coglorificado, en el Espíritu Santo coalabado. Después, cada cual debe situar la **acción de gracias** universal por los beneficios concedidos a la comunidad y luego las gracias recibidas de Dios. A la acción de gracias parece oportuno le suceda la **dolida acusación ante Dios** de sus propios pecados y la petición, en primer lugar, de la medicina que lo libere del hábito y de la inclinación al pecado, y luego, del perdón de los pecados cometidos. En cuarto lugar y después de la confesión me parece que ha de añadirse la **súplica implorando los magníficos bienes celestiales** tanto para sí mismo, como para toda la comunidad humana, para los familiares y para los amigos. Y por encima de todo esto, la oración debe finalizar por la glorificación de Dios, por Cristo, en el Espíritu Santo. Pues es justo que una oración que comenzó por la glorificación, con la glorificación termine, alabando y glorificando al Padre de todos, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, a*

*quien sea la gloria por los siglos*⁴.

De esta manera, en la adoración, acción de gracias, pedido de perdón y, finalmente, súplica, tenemos resumida la riqueza y esbozado el itinerario de la oración, indicando las conclusiones y enunciando los propósitos alcanzados, para aplicarlos después en sus pensamientos y acciones.

Se puede ver que no se trata de una hermenéutica o de un método interpretativo, sino de una herramienta espiritual, que, por la contemplación de la Palabra revelada nos lleva a volcar lo percibido en la lectura para ordenar y orientar nuestra vida. En fin, es algo práctico en el camino de la conversión, escuchando la palabra que Dios nos dirige en la Iglesia. Esta caracterización, que actualiza una antigua práctica monástica, es la que se difunde, como decíamos, aún en ambientes que no conocen sus orígenes, pero que adoptándola se han visto beneficiados por ella.

I.2 El movimiento bíblico, litúrgico y patrístico

Podemos decir que la escuela de la *lectio divina*, como la hemos presentado, coincide con los frutos maduros del triple movimiento que se desarrolló en la Iglesia a partir del siglo XIX: el movimiento litúrgico, seguido por el bíblico y extendido después al redescubrimiento y la valoración de la tradición patrística (y de la espiritualidad monástica). Un mejor conocimiento de las fuentes litúrgicas, de los signos, de la importancia de la participación consciente y formada en las celebraciones, debía llevar a profundizar en los textos, que proceden en gran parte de la tradición bíblica y que son su aplicación e ilustración. Al mismo tiempo, la liturgia como acción sagrada, reclama una comunión interior y la inteligencia del misterio, de modo que una frecuentación extralitúrgica, previa o posterior a la celebración, contribuye a afianzar la calidad de la participación espiritual en el misterio. La misma disposición del Año litúrgico, la selección de los textos empleados en la celebración de los misterios, que los actualiza y hace presentes en la vida de la Iglesia, confiere a la sabiduría con que fueron ordenados e incorporados, un valor de guía; los convierte en una llave para poder entrar en la intimidad de cuanto se está celebrando.

I.3 Los sentidos de la Escritura

Por su parte, los escritos de los Padres de la Iglesia, que son en ellos

mismos, en gran parte, comentarios a los libros de la Sagrada Escritura y que tanto han contribuido a la interpretación y difusión de los sentidos bíblicos y de la celebración en la vida de la Iglesia y en nuestra actualidad cotidiana, son una referencia insoslayable de la tradición, que también se benefició en el mencionado y plural movimiento que mencionamos.

En su obra monumental *Exégèse médiévale*, el cardenal Henri de Lubac, sj, muestra la permanencia del sentido espiritual de la Escritura, en los Padres y en los autores eclesiásticos. La expresión de la propuesta moderna de la *lectio divina* sería imposible sin trabajos como ese, y sin el aporte de una profundización espiritual de la liturgia. La *lectio* y la *meditatio* que conduce a la *oratio*, no es un viaje caprichoso con la imaginación, comparando extremos y agregando imágenes, sino el resultado del *sensus Ecclesiae*, que se sirve de las palabras y los relatos para entusiasmarse en el amor de Dios y crecer en su conocimiento y familiaridad. La Palabra inspirada nos habla siempre del Señor resucitado: el Antiguo Testamento lo anuncia, lo ve prefigurado en muchos textos; el Nuevo Testamento lo proclama.

Ya Orígenes, el gran alejandrino del siglo III, había distinguido en la Sagrada Escritura el *sentido literal* y el *sentido espiritual*. El primero se encuentra en la inmediatez del texto, la historia y la geografía, la gramática, la lengua, las imágenes, y requiere una aplicación al estudio del mismo texto, para comprender sus alcances y recibir cuanto él nos trasmite. El *sentido espiritual* nos habla del misterio encerrado en esos escritos, la revelación que Dios nos dirige por este medio; nos habla del Señor Jesús, y lee, en el Antiguo Testamento, el anuncio del Resucitado, en palabras y signos. Dentro del *sentido espiritual*, luego, se perciben los distintos niveles de la comprensión simbólica: el *sentido alegórico* (o *espiritual*, propiamente dicho), el *sentido moral* y el *sentido anagógico* o *escatológico*. La *alegoría* es el anuncio de Cristo y de sus misterios, recibido con fe; así, por ejemplo, el cruce del Mar Rojo por los israelitas nos enseña, anticipando, que la salida de la cautividad del pecado (Egipto) se ha de realizar por la inmersión en las aguas purificadoras (el Mar Rojo); el *sentido moral* nos orienta para obrar bien, al conocer la ley de Dios y formarnos en su disciplina por la práctica fiel de sus mandamientos: la experiencia trabajosa, ascética, de Israel en el desierto, su progresiva adhesión a las enseñanzas divinas transmitidas por Moisés, son una pedagogía moral en la escuela de la fe; el *sentido anagógico*, nos habla de la esperanza teologal y de la vida eterna, hacia la cual nos dirigimos, la verdadera Tierra prometida, la Jerusalén celestial, prefigurada en aquel país ubérrimo que Dios les ofrecía a los israelitas cuando los sacó de Egipto.

En la Edad Media un dístico latino resume estos cuatro sentidos de la

Escritura con acertada descripción:

*“Littera gesta docet,
Quid credas allegoria,
Moralis quid agas,
Quo tendas anagogia”,*

o sea, en castellano: “*La letra (historia) enseña lo que ha acontecido; la alegoría nos dice lo que hay que creer; el (sentido) moral, lo que debemos hacer; la anagogía (escatología) nos muestra hacia dónde nos dirigimos*”, es decir, la vida eterna. Una lectura verdaderamente espiritual de la Palabra no puede sino ceñirse a esta sabia consigna de los antiguos, que es expresión de la santidad y la sabiduría de la Iglesia.

I.4 La liturgia, maestra de interpretación bíblica

No se puede, en el ejercicio de la *lectio*, prescindir de la lectura litúrgica de los textos, como no lo hicieron los maestros y teólogos, buscando presentar la doctrina recibida. La liturgia que celebramos es la actualización de lo anunciado, y nos permite participar en los acontecimientos salvíficos del pasado.

También la piedad bíblica, la oración, necesita el fundamento firme de la lectura que la Iglesia hace en su liturgia. En efecto, la celebración litúrgica de los misterios de la fe, se realiza a partir de una lectura de cuanto sobre esos mismos misterios nos trasmite la Palabra inspirada, y esos textos se encuentran, léidos así en esa perspectiva de fe, en las mismas celebraciones. Ellos se prolongan, en la meditación y en la oración, para ahondar en los misterios, y esa lectura se vuelve modélica, ejemplar, para toda lectura bíblica. No es un relato o una bella reflexión, solamente; es una palabra que el Señor nos dirige, palabra inspirada que, iluminada por la actualización del año litúrgico o de la celebración, nos introduce en el sentido de la obra de la gracia, de la vida a la cual somos llamados, de la Revelación que, por este medio, llega para iluminarnos, y transforma el corazón.

Este breve recorrido por un aspecto tan valioso y necesario de la espiritualidad de la Iglesia nos permite resumir apretadamente algunas conclusiones sobre la *lectio divina*:

- la *lectio divina* es una práctica personal, solitaria; abundante y extensa,

se desarrolla por el vasto campo de las Escrituras, gratuitamente, sin apuro ni metas concretas;

- a la lectura, sigue la meditación, que relaciona pasajes y personalidades ejemplares de la Biblia y busca iluminar espiritualmente el pasaje leído, y concluye en la oración dirigida a Dios Nuestro Señor;
- no puede limitarse a un análisis de un breve texto, con el objeto de realizar la búsqueda deliberada de una conclusión o alcanzar el afianzamiento de una determinada característica, sino que está siempre abierta a la inspiración divina y a la orientación que sugiere la misma palabra.

II. LECTURA BÍBLICA

II.1 La lectura frecuente de la Sagrada Escritura

En realidad, cuanto hemos dicho hasta ahora, nos lleva, por variados caminos y diferentes formas, a un hecho más bien macizo, indivisible. El cristiano debe leer la Escritura; lo hizo siempre; y debemos seguir haciendo posible para que esto continúe y se profundice. Probablemente tengamos que recuperar algunos pasos y prácticas, que hemos descuidado. Ciertamente esto es verdad en relación con el anclaje catequético de la transmisión de los misterios. En primer lugar, debemos hacerlo por la atención a los pasajes bíblicos que se leen y proclaman en la liturgia, y la presentación del misterio, del tiempo litúrgico o de la fiesta, que procede de ello: es la pedagogía de la liturgia, la enseñanza por la experiencia del misterio, en su misma fuente. Luego, es una gran ayuda la lectura corriente, ininterrumpida, de los libros bíblicos, para que vaya formándose en nosotros la *biblioteca de la memoria*, el archivo (vivo) de los símbolos e imágenes, que nos permitan relacionar los distintos ámbitos y experiencias, y descubrir los signos, como magistralmente lo hacían los Padres de la Iglesia, que entretrejan su lenguaje y enriquecían su vocabulario con las mismas palabras inspiradas. El recorrido por la serie completa de los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento ofrece una rica gama de términos y de episodios para comparar, y permite ahondar en el significado espiritual del pasaje que se lee y medita, en variados contextos de la historia de la salvación, para concluir en una oración contemplativa. Por este camino también alcanzamos otro resultado muy valioso: expresiones y frases bíblicas, generalmente breves, pueden llegar a ser para el fiel fórmulas frecuentemente empleadas, que tienen el rico contenido de su contexto original, como lo explican Juan Casiano y san Agustín, al hablar, el primero, de la frase sálmica “*Dios mío, ven*

en *mi auxilio*” (Sal 69 [70],2)⁵, y el segundo al referirse a las “*jaculatorias*”⁶. La *oración de Jesús*, popularizada por los “*Relatos de un peregrino ruso a su padre espiritual*”, constituye un ejemplo elocuente de una práctica que se afianzó en el *hesicasmo* de la santa Montaña del Athos y que, transmitida al Occidente por la literatura rusa del siglo XIX y la emigración ortodoxa del XX, conoció también una vasta difusión en todos los ambientes.

La *lectio divina*, en su acepción actualmente corriente, será más rica y fecunda si es acompañada con un *humus* bíblico, no arbitrario y superficial, sino eclesial, litúrgico, tradicional. Una propuesta oportuna y actual es la de recuperar la *lectio continua*, la salmodia, la memorización de ciertos pasajes escriturísticos, como lo podemos leer en una vida siro oriental del s. VI-VII: “*Nuestro padre, el santo mar Bar’Edta, decía: “Mar Abraham [de Kashkar] me había impuesto la repetición de los libros de la Escritura. Por eso, en unos años, he estudiado los dos Testamentos, versículo por versículo, por secciones, como los salmos. Y por la dulzura que procedía de la repetición de los libros del Espíritu Santo no podía concluirlos, por la dulzura del gozo que venía por ellos... ”.*”

II.2 El Oficio divino

Las expresiones e imágenes que emplea la Iglesia en su liturgia proceden en su mayoría de la Sagrada Escritura, pues en la perspectiva de la fe revelada en Jesucristo, ve en los misterios de la Nueva Alianza el cumplimiento de los antiguos. Así es en la Eucaristía, en los ritos sacramentales, en los momentos celebrativos que jalonan el año, santificando tiempos y fechas especiales, en la celebración de la Pascua semanal, cada domingo, y en la santificación de la jornada, por medio de las horas del Oficio Divino. Este último, por su misma estructura, por la generosa inclusión de los *Salmos*, libro de oración del Pueblo de Israel, por las aproximaciones entre los dos Testamentos y su proyección espiritual hacia el tiempo de la Iglesia, tiene una especial relevancia como medio formativo e inspirador de una oración fundada en la Palabra de Dios, ya interpretada y aplicada por la sabiduría de la tradición eclesial. Una lectura asidua de la Escritura se beneficia con el esquema litúrgico de la Oración de las Horas, establece más fuertemente el vínculo con la Iglesia y la

⁵ JUAN CASIANO, *Conferencias*, 10,10; cfr. 9,36.

⁶ S. AGUSTÍN de HIPONA, *Carta* n° 90 (a Proba)

⁷ *Vida de Bar’Edta*, por Abraham Zabaya; CHIALÀ, Sabino: *Abramo di Kashkar e la sua comunità. La rinascita del monachesimo siro-orientale. In appendice le “Regole” di Abramo, Dadisho’ e Babai, l’Epitome della vita di Abramo e le altre fonti sul Grande monastero del Monte Izla*, Magnano, Ed. Qiqajon, 2005, p. 196 (Spiritualità orientale).

interpretación de la Palabra y alimenta un espíritu de comunión con Dios por la oración constante, que tiende a hacerse ininterrumpida.

III. MÉTODOS PARA LA LECTURA BÍBLICA

III.1. Lectura comentada y puesta en común

En la práctica corriente de la *lectio divina*, tal que como se hace actualmente en diversos ambientes, la modalidad adoptada difiere del ejercicio solitario. La lectura del texto se hace a menudo en grupo, y después de la lectura del pasaje bíblico, hecha en forma personal o en común, se reflexiona en silencio sobre el mismo, y finalmente, se comparten las conclusiones o las impresiones recibidas. Se trata de una forma diferente de la que nos presenta la tradición. Ella puede ser evidentemente muy provechosa, pero responde más a criterios formativos o participativos, para compartir en el ejercicio grupal. Agréguese a ello un hecho que es ciertamente significativo: este tipo de lectura, orientada a la puesta en común, se ciñe a un pasaje determinado, y puede descuidar u omitir la tan oportuna referencia a los sitios paralelos y pasajes relacionados, que es una de las posibilidades que enriquecen espiritualmente la *lectio divina* tradicional.

III.2. Lectura analítica y comparativa

La existencia de ediciones de la Sagrada Escritura con anotaciones y comentarios incorporados ayuda a una comprensión mejor de la Palabra, no solo en sus contextos históricos y culturales, sino en su dimensión teológica y su relación con otros pasajes importantes que son fundamento de la fe que profesamos. En este sentido, tales auxilios no reemplazan un adecuado conocimiento del ambiente en que los autores inspirados escribieron los libros sagrados, que debe ser objeto de un estudio previo. También puede ser muy provechoso procurar tener un conocimiento suficiente del lenguaje original —hebreo, griego—, para advertir los matices de los significados, la calidad de las expresiones e imágenes empleadas, y llegar a una comprensión mayor de los textos. La dificultad que supone la adquisición de las lenguas antiguas no debe evitarse, porque la comparación hecha en una lectura que aprecia el origen de las palabras y la calidad de las expresiones permite llegar a un encuentro mucho más profundo con el sentido bíblico.

Una lectura, que tiene estos conocimientos que mencionamos, no debe ser por eso una lectura técnica, de traductor o de filólogo. Sigue siendo

un medio de búsqueda de los sentidos espirituales, para un encuentro con Dios en su Palabra, en la autenticidad de su lenguaje, sin desviarse hacia aplicaciones acomodaticias o excesos sentimentales. Sobre todo los sacerdotes y quienes tienen a su cargo responsabilidades formativas en el campo escriturístico tienen que poseer esa base indispensable que es el conocimiento de las lenguas originales. Al presentar en sus clases o catequesis la Palabra de Dios tendrán a través de ello un instrumento que los ayudará a interpretarla con acierto y arraigarla más sólidamente en el corazón y el espíritu de los fieles.

III.3. Lectura magistral de la *sacra pagina*

Con el mismo vocablo de *lectio* encontramos con frecuencia otro estilo de reflexión bíblica, siempre orientada hacia el progreso espiritual, la oración y la conversión moral, pero que pertenece más bien al género docente o magistral. Son muy populares las obras del cardenal Martini, antiguo arzobispo de Milán, que han difundido en muchos ambientes una estima y un deseo de conocer mejor y frecuentar la Escritura. El Santo Padre Benito XVI ha recurrido también a un género similar, al proponer a diferentes auditorios una *lectio*, hecha por él mismo, en voz alta, con profundos contenidos espirituales. Se renueva así la antigua tradición de la *lectio* de los escolásticos, que en su presentación de la doctrina, hecha a partir de la Escritura o de textos de autores antiguos, desarrollan una lectura (*lectio*), en la que ofrecen sus conclusiones.

IV. LA LECTURA BÍBLICA EN LA ESPIRITUALIDAD DE LA VIRGEN CONSAGRADA

La cita de San Jerónimo con que iniciamos este escrito nos dice que la lectura bíblica debía ser una de las características en la espiritualidad de aquellas mujeres consagradas a Dios que formaban el círculo romano iniciado por él. Podemos señalar varios momentos de la vida de consagración virginal que tienen su enunciado y su sostén en la Palabra revelada:

- a) Es claro que el fundamento de la vida cristiana se encuentra en esa Palabra, y por ello quien desea entregar su vida al seguimiento de Cristo tiene que acudir a ese fundamento, de donde proceden el espíritu y el estilo de su dedicación.
- b) Otra razón importante es el carácter litúrgico y la índole “sacramental” de la vocación virginal, que se expresa en los textos escriturísticos, se alimenta de su frecuentación y prolonga por el testimonio su expresión concreta y ejemplar en la vida de la Iglesia. En la Sagrada Escri-

tura encuentra su “regla”, que nos llega por los testimonios inspirados por Dios, ya en los antecedentes del Antiguo Testamento como en las numerosas y claras invitaciones que dirige el mismo Señor Jesús a sus discípulos a seguirlo por este camino.

- c) La oración de la virgen consagrada tiene un marcado carácter “esencial”, es decir, es comunión con Dios, aplicación de su Revelación, se basa en su mismo misterio en el que nos invita a participar. Por eso, la oración es bíblica, tomada de las palabras inspiradas, en primer lugar el libro de los Salmos, los pasajes evangélicos que hablan de la intimidad de los discípulos con el Señor, las enseñanzas apostólicas, San Pablo en primer lugar, que tanto insiste en la entrega del corazón indiviso a Dios.

La familiaridad con la Escritura, adquirida por una lectura que se encarna en la propia existencia y la convierte en un ejercicio de fiel seguimiento y de sincera identificación con el Maestro divino, no es una mera actividad formativa, buscando argumentos y razones, como tampoco es una definición *hacia fuera* para justificarse frente a los demás. Es la misma identidad, actualizada en el encuentro con Dios en su Palabra, y se confía a la virgen consagrada como su carisma para testimoniarlo en la Iglesia.

Apéndice:

LA ORACIÓN DEL SEÑOR ES ESCUELA DE ORACIÓN

(S. Agustín, *Carta 130, a Proba* [12-13]):

Porque todas las demás palabras que podamos decir, bien sea antes de la oración, para excitar nuestro amor y para adquirir conciencia clara de lo que vamos a pedir, bien sea en la misma oración, para acrecentar su intensidad, no dicen otra cosa que lo que ya se contiene en la oración dominical, si hacemos la oración de modo conveniente. Y quien en la oración dice algo que no puede referirse a esta oración evangélica, si no ora ilícitamente, por lo menos hay que decir que ora de una manera carnal. Aunque no sé hasta qué punto puede llamarse lícita una tal oración, pues a los renacidos en el Espíritu solamente les conviene orar con una oración espiritual.

Quien dice, por ejemplo: “Como mostraste tu santidad a las naciones, muéstranos así tu gloria, y saca veraces a tus profetas”, ¿qué otra cosa dice sino: “Santificado sea tu nombre”?

Quien dice: “Dios de los ejércitos, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve”, ¿qué otra cosa dice sino: “Venga a nosotros tu reino”?

Quien dice: “Asegura mis pasos con tu promesa, que ninguna maldad me domine”, ¿qué otra cosa dice sino: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”?

Quien dice: “No me des riqueza ni pobreza”, ¿qué otra cosa dice sino: “Danos hoy nuestro pan de cada día”?

Quien dice: “Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes”, o bien: “Señor, si soy culpable, si hay crímenes en mis manos, si he causado daño a mi amigo”, ¿qué otra cosa dice sino: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”?

Quien dice: “Líbrame de mi enemigo, Dios mío, protégeme de mis agresores”, ¿qué otra cosa dice sino: “Líbranos del mal”?

Y, si vas discurrendo por todas las plegarias de la santa Escritura, creo que nada hallarás que no se encuentre y contenga en esta oración dominical. Por eso, hay libertad de decir estas cosas en la oración con unas u otras palabras, pero no debe haber libertad para decir cosas distintas.

Esto es, sin duda alguna, lo que debemos pedir en la oración, tanto para nosotros como para los nuestros, como también para los extraños e incluso para nuestros mismos enemigos, y aunque roguemos por unos y otros de modo distinto, según las diversas necesidades y los diversos grados de familiaridad, procuremos, sin embargo, que en nuestro corazón nazca y crezca el amor hacia todos. Aquí tienes explicado a mi juicio, no sólo las cualidades que debe tener tu oración, sino también lo que debes pedir en ella, todo lo cual no soy yo quien te lo he enseñado, sino aquel que se dignó ser maestro de todos”.

Obispado de Nueve de Julio
Edison 954. B6500DVR Nueve de Julio
ARGENTINA